

SALTAZANJAS

I

Se le soltó la cincha y no pudo evitar la caída.

En un torbellino de polvo, cuero y metal, su cuerpo encontró el suelo con más rudeza de lo que esperaba. El seco impacto le provocó de nuevo esa sensación de percibir en la distancia los hechos de los que era protagonista y, como si de un espectador se tratara, se vio caer en la cuneta y rodar por el pequeño terraplén que terminaba en los arbustos de jaras donde, desmadejado, se detuvo.

Transcurridos unos segundos . o quizá unos minutos, quién sabe . recobró la consciencia con la misma lentitud con la que el polvo a su alrededor volvía a asentarse en la tierra de que formaba parte, y que volvió a tomar vida cuando se incorporó y comenzó a sacudírselo de su chaleco y sus calzas. Todavía aturdido, subió por la zanja arenosa mientras recuperaba la manta, la pesada silla de montar y las alforjas de cuero negro cuyo cierre doble había preservado su precioso contenido. Las depositó en el borde del camino mientras se dirigía al claro donde ramoneaba, liberado del peso de la carga, su precioso caballo pardo que, al reconocerlo, alzaba y bajaba la cabeza como asintiendo y autorizando su acercamiento, mientras que agitaba temblando los belfos y su lengua trataba de liberarse del bocado de un cabezal que le incomodaba, en una mueca que su maltratado jinete interpretó como una sonrisa burlona.

Pero Ignacio Espiga no tenía el cuerpo para fiestas. Con un ~~no~~ es culpa tuya+ y una suave palmada, recogió las bridas y se dirigió con su montura a recoger su impedimenta. Al levantar el pie para sortear una más que mediana piedra, acusó de nuevo la punzada de su costado, que al levantar su camisa le mostró un soberbio moratón que se extendía ya hasta el centro de su pecho. Recordando su

origen, echó en falta el pistolón que en una caída anterior se lo había causado, y volvió a bajar la cuneta para recuperarlo, sucio de polvo, pero en buen estado y con la llave cargada, por lo que, muy suavemente y conteniendo el dolor, lo volvió a colocar en la zona herida . única que le permitía disponer de él con la presteza que requerían los acontecimientos . atrapando su cañón bajo su gruesa faja.

Ignacio Espiga era diestro, pero había adquirido con los años la habilidad de disparar con la mano izquierda con una precisión más que notable, como algunos *dragones* de la caballería francesa habían tenido la desgracia de comprobar. Una ventaja muy apreciable, habida cuenta de que su poseedor era un magnífico jinete al que su mano derecha le quedaba completamente libre para dirigir las riendas de una montura realmente excepcional.

Quizá fueran esas dos de las razones que llevaron a que le otorgaran esa misión, y a que se hubiera puesto en camino hacia Madrid hacía ya cinco días.

Mientras colocaba de nuevo la manta sobre el lomo del animal, comprobó que la cincha de su silla no se había partido como había supuesto, sino que únicamente la hebilla . con mucha más holgura de la que un buen guarnicionero habría admitido . se había desplazado de lado, permitiendo que la aguja que la sujetaba atravesara en diagonal el pequeño marco metálico que la cerraba y, al no verse retenida por éste, pasara al otro lado y se soltara. No era la primera vez que le sucedía, así que, después de apretarla, se colocó debajo de su caballo y reforzó con un trozo de paño los laterales, comprobando con un par de tirones la solidez del conjunto.

Fue entonces cuando escuchó de nuevo los lejanos relinchos y, en un portentoso salto que no casaba con el estado de su maltratado cuerpo, se vio

encima de su montura y lanzado una vez más a una galopada que no terminaba de alejarlo de los soldados que le perseguían.

II

La noche les sorprendió a todos a las afueras de Andújar. Ignacio había evitado deliberadamente atravesar la población que, aunque estaría muy dispuesta a ofrecerle refugio y alimento, seguía siendo zona ocupada donde sin duda sus perseguidores encontrarían mejor acomodo, y posiblemente refuerzos y cambio de postas que le situarían en una posición aún más comprometida. Por tanto, y muy a su pesar, tan pronto como divisó en la distancia las primeras casas inició un amplio rodeo que obligó a los *dragones* a seguir la estela del polvo que levantaba su montura para no perderlo, mientras musitaban juramentos . en correctísimo gabacho, eso sí . dirigidos a la familia del incansable jinete al que perseguían.

De subida hacia el pequeño núcleo de modestas casas de La Aldehuela, el camino, mucho más serpenteante y rocoso que la ruta que hasta ese momento habían seguido, dificultaba aún más su rastro, evitando polvaredas delatoras y ocultándolo en una foresta cada vez más espesa a la que la falta de luz hacía rato que había privado ya de sus coloreados matices, sumergiéndolo en una masa monocromática en la que tanto las ropas que vestía como el color de su montura se difuminaban. Pudo así ganar la distancia suficiente para que el castañeteo de los cascos de su caballo contra las rocas resultaran inaudible y, perdida esta última pista, comprobar cómo los franceses se veían obligados a detenerse para vivaquear, sabedores todos . perseguidores y perseguido . que la luz de la mañana les permitiría de nuevo seguir un rastro que, inevitablemente, resultaba imposible ocultar en un valle tan estrecho y escarpado como el que transitaban.

Cuando oteó finalmente las primeras llamas de la hoguera que los soldados habían encendido, Ignacio suspiró descargando una pequeña parte de la tensión del día y, envidiando la posibilidad de haber encendido su propia y delatora hoguera, se conformó con utilizar su chisquero para prender los restos del cigarro que portaba en su zurrón, mínima fuente de luz y calor que le iba a acompañar en esa fría noche del mes de Abril del año de Nuestro Señor de 1812, a la que no ayudaba la cercana presencia de las aún frías aguas del Arroyo de Escobar.

Cuando apuró al fin la última calada, escupió con rabia hacia la distante fogata y se aprestó a dar cuenta de su frugal cena de polvoriento pan y tasajo de carne salada que cortaba en pequeños trozos con su faca . de casi un palmo . . único arma, junto a su astucia y su pistola inglesa, que portaba en aquel viaje.

Envuelto en el olor a caballería de su pequeña manta, repasó mentalmente el trayecto que los conjurados habían pactado en el pequeño mesón gaditano que . pared con pared con la imprenta . había sido testigo de la reunión en la que se les encomendó el traslado. Mientras que sus compadres Miguel Molina y Juan Chacón se decantaban por la ruta de Marchena, Córdoba y Andújar, él prefería sin duda el camino de Arcos de la Frontera que, atravesando Antequera, llegaba a Lucena donde Ignacio contaba no sólo con la protección que le proporcionaba la cercana Sierra de Cabra, sino con el inmenso placer de vislumbrar de nuevo, siquiera por un momento, los fulgurantes ojos de la que ya era su prometida, María Poveda, vecina de esa villa y ferviente defensora de la resistencia contra los franceses. Pero, bien fuera porque los nuevos ideales impregnaban todas las decisiones con la novedad de dar validez casi sagrada a los resultados de las votaciones (y los votos de Miguel Molina y Juan Chacón eran mayoría en aquel reducido grupo de tres), bien porque su propuesta se introducía en un territorio todavía más militarizado, se acabó

decidiendo y aceptando la ruta norte. El diputado Martínez de Tejada, que había sido comisionado para encargarse del proyecto, no participó en la votación por entender que no sólo los tres amigos eran mejores conocedores de ambas rutas, sino porque en su fuero interno comprendía que, ya que eran ellos quienes debían jugarse la piel, tenían el privilegio de escoger por dónde querían ponerla en riesgo.

Ambas confluían en las proximidades de Despeñaperros, desde donde alcanzaban la meseta en Ciudad Real y se abrían en abanico multitud de posibles caminos para llegar a Madrid.

Ahora una buena parte del camino estaba ya hecha. Tras la salida de Cádiz pudo recorrer un buen número de leguas como un viajero más. Y fue sólo tras su obligada huída de la venta de Marchena cuando comenzó a sufrir el acoso de las huestes francesas. Fue allí donde, tras concertar con el ventero el pago de su alojamiento y del forraje de su caballo, subió a su habitación, donde arrojó descuidadamente sobre una desvencijada silla las alforjas de cuero negro y se apresuró a bajar a la enorme sala que hacía a la vez las veces de comedor y taberna (aparte de no pocas la de tablado donde . con mayor o menor fortuna . compartían su arte %baillores+ profesionales con aficionados a los que la alta graduación del vino que ingerían les hacía creerse tales, y escenario también de un teatro . éste de la vida . donde se tejían los papeles de las muy distintas clases de personas que en él confluían). Ignacio, despreocupado de estas observaciones y habituado como estaba a este tipo de locales, ocupó una arrinconada y discreta mesa y solicitó un plato de sopa y un trozo de carne asada, acompañados de una medida de ese mismo vino que producía en sus compañeros efectos bien dispares. Mientras daba cuenta de su cena, fue paseando su mirada por las distintas mesas hasta que topó con otra que, fijamente, se dirigía a la suya ignorando la

conversación que en esos momentos mantenían dos %lechuguinos+ que compartían mantel con el propietario de esos fríos ojos negros. Por un momento pensó que se trataba de algún conocido, quizá algún compañero de armas o de un vecino de su natal Zafra, pero pronto descartó la idea. Esos ojos no le miraban, sino que escudriñaban toda su persona, viajando desde su calzado a su pañoleta, y devorando con un alarmante interés los detalles de su indumentaria. Decidió ignorarlos, pero no sin experimentar esa familiar sensación de que algo no funcionaba bien, y que en ocasiones, llegando incluso a erizar el pelo de su cuello y espalda, le había puesto en alerta sobre peligros que su raciocinio no era capaz de explicar. Cambió por tanto de postura, dirigiendo su mirada hacia la pequeña tarima que hacía las veces de tablado, y donde un grupo de borrachos se empeñaba en disfrazar con sus voces las notas de una coplilla que intentaba hacerse oír desde la garganta de una moza de la venta y desde las cuerdas de la vieja guitarra con que un paisano entrado en años la acompañaba. El empeño que la joven ponía en terminar su canción le distrajo por un momento, pero al bajar de nuevo la mirada a su plato no pudo evitar tropezar otra vez con aquellos fríos ojos que, esta vez sin duda alguna, le habían hecho objeto de su atención. Alarmado, tomó la decisión de retirarse, pero para ello debía pasar junto a la mesa desde donde con tanto descaro era observado. Aceleró sus pasos, pero fue interrumpido por el causante de su preocupación quien, tan pronto como le vio acercarse, se levantó y se interpuso claramente en su camino.

- %buen, buen hombre+. le dijo . %hace tiempo que no veo a nadie comer con la prisa con la que vos lo habéis hecho, ni partir con tanta celeridad+. %Hay algo que os impida disfrutar de esta velada?+. Todos los sentidos de Ignacio se pusieron sobre aviso, pero fue capaz de elaborar una rápida respuesta;

- Nada más que la necesidad de madrugar para seguir pronto mi camino, y la imposibilidad de soportar por más tiempo las voces de alguno de los paisanos. Pero desconozco la costumbre de preguntar a los extraños, y os ruego permitáis, salvo que me indiquéis de qué os conozco, que me dirija a poner mi cuerpo donde despierte mañana+.

- Mucho preciáis vuestro tiempo, por lo que veo+, respondió el paisano pero os ruego que, en mi calidad de curioso impenitente, os ofrezca un vaso de vino y un minuto de charla+

Ignacio no era memo, pero de haberlo sido, los amanerados y melifluos vaivenes de aquella voz le hubieran indicado que trataba con alguien que se sentía muy seguro de la autoridad de un cargo que evidentemente ocultaba. Así lo corroboraba la actitud de respeto de sus compañeros, a los que sus delicados y sobrecargados trajes colocaban en la categoría de los francesados+, o españoles que habían aceptado, de muy buen grado en ocasiones, la autoridad de José Bonaparte, y que habían medrado ocupando cargos en los que no pocas veces se ocupaban de purgar+ cualquier atisbo de resistencia.

Tras unos minutos de conversación en los que se vio forzado a elaborar una sutil madeja de patrañas para desviar la atención de aquel individuo, Ignacio . a la sazón buen jugador de cartas . se percató de una sutil seña dirigida por éste a uno de sus acólitos, quien no mucho después balbució una burda excusa para levantarse de la mesa y encaminar sus pasos hacia el ventero, con quien intercambió una breve conversación en la que éste último señaló hacia la parte de la planta superior en la que se encontraba el alojamiento del extremeño.

Alarmado, Ignacio se excusó con la misma velocidad con la que se acercaba de nuevo a la mesa el ausente, y subió de tres en tres los escalones hasta llegar a

la puerta de su cuarto desde donde, con una rapidez impensable para sus pausadas maneras, recogió las alforjas y saltó por la ventana hacia la parte posterior de la venta, que pronto fue testigo del ruido que los cascos de su caballo dejaron al alejarse.

III

A la mañana siguiente pudo comprobar que le seguían. Era un numeroso grupo de jinetes, que pronto identificó como *dragones* franceses, lo que le hizo maldecir su suerte. Contaba con que tarde o temprano los gabachos intentarían detener su marcha, pero en sus peores sueños había imaginado que se trataría de tres o cuatro soldados de caballería. Y eran al menos diez. Y *dragones*. Cualquier militar sabía que los *dragones*, al contrario que otras tropas de caballería, eran magníficos jinetes también entrenados para la lucha a pié. Y combatían armados con formidables pistolones, y con los no menos terribles sables que esgrimían con mortal habilidad.

El encuentro de la noche anterior tuvo que ser forzado. La incómoda fijeza en la mirada del ~~francesado~~ le delataba como lo que claramente veía ahora: un observador avisado, que esperaba una presa en una de las posibles rutas de camino hacia la capital, y entrenado en la captura de Dios sabe cuántos de los correos que partían desde la rebelde Cádiz.

Desde entonces había intentado despistarlos en numerosas ocasiones, sin éxito. Había alterado su ruta, había acelerado y ralentizado su paso, pero ninguna de esas maniobras había conseguido separarle de la tropa, que extrañamente no parecía tener prisa alguna por detenerle. Fue a varias leguas después de rodear Córdoba cuando, en una zona absolutamente desértica y con el camino vacío, Ignacio se percató de que los soldados aceleraron su paso, y finalmente lo

persiguieron a galope. Y fue allí también donde se hizo evidente que los soldados, tras comprobar que sobrepasaba la ocupada Córdoba, donde hubiese podido ser localizado con facilidad por los servicios de información franceses, se dieron a su vez cuenta de que la misión del perseguido era de mayor importancia, ya que dirigía sus pasos hacia la capital, y tan sólo habían esperado a una zona donde no pudiera contar con el apoyo de los nutridos grupos de paisanos que . cada vez con mayor vigor . se oponían, e incluso colaboraban, en los ataques a pequeños grupos de tropas francesas.

Pero tanto la mayor ligereza de su impedimenta, que suponía una carga mucho menos pesada para su montura, como las extraordinarias cualidades de %Saltanzas+, su caballo, le permitían una y otra vez alejarse de sus acosadores cada vez que estos iniciaban el galope. Se dio cuenta Ignacio de que se trataba de una carrera de fondo en la que la resistencia de sus animales iba a suponer la baza a jugar, por lo que decidió de modo inmediato alejarse de la ruta principal y correr paralelo a ésta evitando las ventas y los puestos militares donde los *dragones* pudieran contar con caballos de refresco. En varias ocasiones intentaron dirigir una pareja de ellos como avanzadilla, pero desistieron tras comprobar que la mayor velocidad del caballo de Ignacio le permitió, en el último de sus intentos, galopar y desviar su camino hasta despistarlos, y volver a la ruta original antes de que hubieran llegado a su altura. Por tanto, se habían reducido a ocho los franceses, sin haber producido un notable cansancio al caballo del español.

Y así habían llegado hasta donde ahora estaban, en las cercanías de un territorio que, si bien conquistado, no era absolutamente seguro para los franceses. De hecho, se encontraban a pocas leguas del mismo Bailén en el que, en Octubre de 1808 - pocos meses después de haberse iniciado la guerra -, las tropas

napoleónicas mandadas por Dupont y, poco después las dirigidas por Vedel, ayudaran a conseguir el Ducado de Bailén al general Castaños, mostrando al mundo que los ejércitos franceses no sólo no eran invencibles, sino que su sangre (más de dos mil muertos) era tan roja como la de cualquiera, y sus hombres (más de veinte mil capturados) sabían ser unos magníficos prisioneros. Es cierto que aquella victoria no fue más que un chispazo de luz en una campaña que los años siguientes resultó muy desfavorable a los ocupados, pero fue la mecha que prendió como la pólvora aglomerando aún más la voluntad del pueblo que se fue organizando en distintas Juntas Provinciales, y que finalmente permitirían volver a centralizar el mando de la nación.

Estaban por tanto en territorio francés, pero Ignacio lo conocía como la palma de su mano. En numerosas ocasiones había recorrido todas las Serranías, desde la onubense de Aracena hasta la jienense de Sierra Mágina, y había prestado sus servicios como correo en numerosas ocasiones en la linde de Andalucía y en la zona del paso de Despeñaperros donde ahora se encontraban.

Pero en lo más profundo de su ser lamentaba no haber luchado en Bailén por haberse incorporado al ejército tan sólo un poco antes del desastre de Ocaña, donde los gabachos nos devolvieron el favor, derrotando y dispersando a un numeroso ejército al mando del general Aréizaga, lo que les dio paso franco a Andalucía y que aprovecharon con presteza para acosar a los restos de éste, al mando ahora del general Blake, haciéndoles correr hasta la serranía de Ronda, y obligando a que la División mandada por el Duque de Alburquerque se refugiara en Extremadura, mientras los napoleónicos sentaban sus reales (y su cuartel general) en la ocupada Sevilla.

Fue esa circunstancia la que determinó que Ignacio Espiga, cuya experiencia militar se había limitado hasta entonces a sufrir derrota tras derrota y a avanzar a maticaballo perseguido por los franceses, aprendiera primero a reorganizarse y, poco después, y haciendo gala de esa celeridad a la que les habían entrenado las tropas enemigas y obedeciendo las consignas de Alburquerque, a dirigirse con presteza en ayuda de una acosada Cádiz, a donde llegaron . agotados pero enteros . con un ejército de diez mil hombres el 4 de febrero de 1810, justo un día antes de que lo hiciera el mariscal francés Victor, lo que sin duda hubiera cambiado el curso de la guerra, y muy posiblemente hubiera significado la derrota total de la resistencia española.

Había disfrutado por tanto de su momento de gloria, cuando fueron recibidos por los gaditanos como héroes y la ciudad entera se echó a la calle para abrazarlos y festejar su llegada. Fue también allí donde se ganó el mote de %Saltanzjas+. que posteriormente había intentado derivar sin éxito hacia su caballo . ya que fue el primero que, en el tramo final del avance hacia la isla de León, recibió el encargo de su capitán de determinar si el camino estaba practicable, agotando las casi extintas fuerzas de su soberbio caballo saltando sobre las débiles barreras y las estrechas zanjas que los gaditanos habían interpuesto para dificultar el anunciado avance francés, y llegando en primer lugar a la zona amurallada.

Lamentablemente, no tuvieron mucho tiempo para celebraciones ya que Alburquerque, conocedor de la proximidad de los cuarenta mil hombres con que contaba el mariscal francés, puso a los héroes a trabajar de modo inmediato, con lo que consiguió detener su avance a su llegada a los alrededores de Cádiz en la mañana del siguiente día. La fortuna y la geografía estuvieron de su parte, ya que, de no ser por el cinturón de mar que rodeaba la ciudad y por las defensas de ésta,

no hubieran podido atreverse en su estado a soportar como lo hicieron los rabiosos ataques con que los franceses les obsequiaron en los siguientes días.

Finalmente, la seguridad de su posición y la firmeza de sus defensores propiciaron con el tiempo que la ciudad jamás fuese tomada, forjándose en ese reducto el germen de lo que iba ser la nueva nación española.

Desde entonces, el camino había sido más fácil. Poco tiempo después, y debido a la fama conseguida por %Saltanzas+ y su inigualable caballo, fue comisionado como correo para contactar con los distintos grupos hostiles que operaban en Andalucía y Extremadura, y en una ocasión había llegado hasta la distante Murcia. Fueron dos años de servicios continuos, recorriendo una cada vez más amplia geografía y desarrollando un instinto que le había permitido salir en no pocas ocasiones de situaciones tan apuradas como en la que ahora se encontraba.

Y entonces llegó %la misión+. Esa aventura a la que todos se saben predestinados, y que cuando se consigue supone la culminación de su vida. La aventura de las aventuras que se sueña con contar a los nietos y, en esta tierra de %Matasietes+, que se contaría también a todos aquellos que quieran prestar el tiempo y el oído necesario para hacer que el narrador se sienta de nuevo héroe.

Ninguno de los tres había dudado en aceptarla. Tanto Miguel Molina como Juan Chacón o él mismo eran militares, y conocían el significado de la palabra obediencia. Por otro lado, la costumbre había hecho que se habituaran a las escaramuzas con los franceses en las misiones de correo %normales+, y la distancia y el significado de la actual había hecho que no durmieran desde que el diputado Martínez de Tejada, siguiendo órdenes directas del Presidente de las Cortes, les comunicara el 21 de Marzo de 1812 la necesidad de hacer llegar a la capital ocupada el texto de la Constitución que, tan sólo dos días antes (en la festividad de

San José, por lo que se había ganado el nombre de ~~la~~ Pepa) había sido promulgada por las Cortes Generales, y que debería ponerse en camino hacia Madrid tan pronto como la imprenta hubiera terminado los primeros ejemplares.

Sortearon entre ellos al portador, y fue esta vez la justicia (si no una entidad aún superior) la que se encargó de poner en manos de Ignacio la misión para la que tanto su experiencia como su montura estaban más preparados. Poco antes de la medianoche del día 23, y en una mesa del consabido mesón gaditano, el maestro impresor arrojó los primeros seis ejemplares de aquella histórica Constitución, todavía con la tinta fresca y algunas erratas no corregidas, que comenzaron a enfriarse en las alforjas de cuero negro de Ignacio que, sin siquiera despedirse de los presentes, dio la grupa minutos después a las defensas de Cádiz.

IV

Aún no había amanecido cuando Ignacio Espiga saltó sobre su montura y, tras comprobar que los rescoldos de la hoguera de los franceses todavía titilaban, emprendió la etapa más difícil de su camino. A pesar de haber tomado un camino que le alejaba del más practicable y conocido paso de Despeñaperros, el valle del río Rumblar se estrechaba según ascendía por su margen derecha hacia el punto donde vertía en él sus aguas el río Pinto, desde donde tenía pensado ascender, siguiendo el riacho de los Esparragones, hasta la Sierra del Agua desde donde, rodeando la de San Andrés, podría llegar a la meseta. Una vez allí, la amplitud y la planicie del recorrido facilitaban su misión, ya que eran infinidad los caminos que se podían tomar para llegar a Madrid. Pero en ese valle, y con los franceses a sus espaldas, las posibilidades de escoger rutas alternativas menguaban a cada paso, y se convertían en una trampa en la que el único modo de salir era llegar antes a su cima.

Según ascendía se hacía evidente la desventaja de su caballo . rápido y ligero, pero también menos fuerte . sobre los poderosos caballos de guerra de los *dragones*, que ascendían con mayor facilidad y a los que notaba cada vez más cercanos. Muy a su pesar, en una breve pausa, pudo comprobar que sus perseguidores tampoco eran novatos, ya que a poco de llegar a río Pinto se separaron en dos grupos de cuatro y, por ser la margen izquierda más practicable, se aproximaban con celeridad, espoleados por las cada vez más frecuentes ocasiones en que avistaban a su presa, habiendo llegado a descargar sus armas de fuego . afortunadamente sólo pistolas . en dos ocasiones, sin que la distancia permitiera que hicieran algo más que ruido.

Avanzada la mañana la situación fue empeorando, y cuando la estrechez del valle hizo innecesaria su anterior estrategia, los *dragones* formaron de nuevo un compacto grupo que, cual alocada jauría, perseguía excitada a una presa a la que ya olían.

Salto estaba extenuado, e Ignacio se percató de que la caza llegaba a su fin y de que mantener el esfuerzo sólo supondría reventar a su compañero unos metros más adelante. Desesperado, desmontó y, dándole una fuerte palmada en la grupa, envió a su caballo, aliviado en parte al verse despojado de silla, jinete y alforjas, al resguardo de los disparos que se avecinaban, y de los que de estar cerca iba a ser blanco seguro.

Cobijado él tras unas rocas, se aprestó a comprobar la carga y llave de su pistola, alimentando la idea de que, de ser lo suficientemente hábil, podría cebarla en dos ocasiones llevándose al infierno . como un nuevo San Jorge . más de un *dragón* antes de que la superioridad de los sables sobre su navaja le enviaran con San Pedro. Y casi lo logró, porque el primer tiro descerrajó la cara del más cercano

de los soldados . un sargento veterano . cuyo cuerpo aún no había tocado el suelo cuando fue sobrepasado por la galopada que iniciaron los demás, cargando hacia el lugar donde el humo de la pólvora delataba al español. Ignacio intentó desesperadamente cargar de nuevo la ardiente pistola, pero el estruendo y las balas de la descarga con que le obsequiaron los pistolones de los franceses hizo que las cargas de pólvora que tenía preparadas rodaran al suelo desde la roca en la que las había depositado, haciendo evidente que San Jorge . al menos en esta ocasión . iba a continuar manteniendo un honroso empate en lo que a la matanza de *dragones* se trataba.

Y entonces, cuando Ignacio empezaba a paladear el sabor del acero del sable, escuchó la segunda descarga. Por un momento la imposibilidad de ese hecho le hizo pensar que le habían acertado con la primera. Era imposible . incluso para un *dragón* de las tropas napoleónicas . recargar una pistola a galope, y menos en mitad de una carga al sable. Como en un sueño los vio caer. Tres, cuatro, cinco, seis, que fueron bajándose del caballo en extrañas posturas antes de posarse sobre una tierra que los iba a acoger para siempre. Los dos últimos, con una inenarrable expresión de asombro en sus rostros, volvieron grupas a la roca donde Ignacio se resguardaba, y huyeron aprovechando la bajada para protagonizar la más rápida galopada que vieron los tiempos.

V

El cura se negó a darle la extremaunción.

No estaba herido, y dijo con sorna que el miedo no era suficiente causa para administrarle el sacramento. Cuando recobró la lucidez, Ignacio se percató de que el sacerdote era sólo un miembro más de la partida. Y aunque la satisfacción de terminar con algunos franceses era suficiente pago, aceptaron con extrañeza el

ejemplar que, en agradecimiento, sacó de sus alforjas antes de fijarlas de nuevo sobre la grupa de Saltazanjas a quien uno de ellos había recogido ramoneando . cómo no . unas varas más arriba.

- Esto es por lo que lucháis. Leedlo +- les dijo al alejarse hacia la Venta de Robledo, poniendo en manos del cura (el único con letras de la partida) el valioso ejemplar que contenía el alma de la nueva nación.

Aquella noche, al cobijo de las tapias de la ermita de San Andrés, recordó los orígenes de aquel documento.

Desde la venturosa jornada de su llegada a Cádiz, había seguido los primeros pasos de una nueva España, nacida en el minúsculo trozo de terreno no dominado por los franceses. En los primeros meses de 1810, fueron llegando los distintos representantes . algunos nominales y otros suplentes . a los que la Junta Central, tras su conflictiva generación el 25 de Septiembre de 1808 a partir de las Juntas Provinciales que se declararon soberanas . 18 supremas en los inicios . después del levantamiento, terminó convocando Cortes siguiendo la idea del malogrado Jovellanos, vocal de la Junta de Asturias, de quien partió la necesidad de designar una Regencia que supliera las funciones del todavía deseado Fernando VII, en poder de los franceses desde su partida el 10 de Abril de 1808, unos días antes del levantamiento del 2 de Mayo en Madrid.

No fue una, sino tres, las Regencias que fueron nombradas por la Junta Suprema antes de que se promulgara la nueva Constitución, y una más . el 8 de marzo de 1813 . después de ésta y hasta que el último presidente de la Regencia, D. Luis de Borbón besara - corriendo ya el año 1814 - el anillo de Fernando VII a

las afueras de Valencia, contraviniendo expresamente las instrucciones dadas por unas Cortes que habían conseguido aunar de nuevo, por primera vez bajo una Constitución, la lucha de todo un pueblo para expulsar a sus invasores y conseguir que retornara un soberano cuya primera medida fue anularla y declarar sus decretos ~~vac~~ nulos y sin ningún valor ni efecto+retornando a un absolutismo que sus súbditos no merecían y contra el que . bajo un impuesto monarca francés . habían luchado durante años.

Las Cortes se reunieron por primera vez el 20 de Septiembre de 1810, en el viejo Teatro Cómico de la localidad de San Fernando, hasta su traslado a Cádiz en Abril de 1811. Dos años después volverían a reunirse en la Isla de León, esta vez en el convento de los Carmelitas Descalzos.

Fue por tanto en Cádiz donde se gestó ~~la~~ Pepa+, a la que ayudó la corriente de discusión generada por sus primeros (y sorprendentes) debates, y no en menor medida la percepción por parte de los ciudadanos de todo lo que estaba ocurriendo facilitada por una libertad de imprenta reconocida por un decreto de Noviembre de 1810, y que permitió que opiniones muy contrarias se discutieran y fueran criticadas con una libertad hasta entonces no disfrutada.

Fue en julio de ese mismo año de 1810 cuando recibió su nombramiento el diputado Martínez de Tejada, quien a finales de Marzo de 1812 encargó a Ignacio y sus camaradas el traslado del texto constitucional a Madrid.

Un encargo que Ignacio veía próximo a cumplirse.

VI

Fue una sorpresa muy desagradable.

Tras rodear las estribaciones más septentrionales de la Sierra de San Andrés, Ignacio encaminó sus pasos hacia Manzanares, vía Valdepeñas. Así llegó a

la provincia de Toledo, que atravesó en dirección al mismo Aranjuez en que el 25 de Septiembre de 1808 se había creado la Junta Suprema Central, y que acabó recorriendo en sentido inverso (Toledo, Talavera, Trujillo, Badajoz y finalmente Sevilla) parte del camino que había andado Ignacio Espiga.

Y, en las afueras de Aranjuez, en la venta situada al final de la cuesta del camino de Madrid, fue a topar con los dos *dragones* que sobrevivieron a la jornada de la Sierra del Agua.

No tuvo tiempo para lamentar su estupidez. La misma maniobra con que los franceses le habían acorralado en aquella ocasión había sido la utilizada por los soldados para localizarle. Las variantes eran mínimas; en aquella ocasión, Ignacio se vio obligado a ascender por una ruta que se estrechaba hasta la cima, enfilándole en un paso obligado que no podía eludir. Ahora se habían limitado a dejarle vagar libremente por la meseta, convencidos de que todos los caminos . salvo la más que improbable ruta de Toledo, que también había sido cubierta cuando informaron de su escapada . confluían en Aranjuez, por lo que bastó con situarse en un punto de fácil control como era la venta, y ocultarse junto con los refuerzos que les proporcionaron.

La fortuna quiso hacer un último guiño a Ignacio, haciendo que éste coincidiera con sus perseguidores cuando éstos se encontraban solos, ya que sus compañeros holgaban en el interior de la venta. El intercambio de disparos fue rápido, y la mejor puntería del español equilibró de inmediato la partida, que en un primer momento se saldó con un gabacho muerto a cambio de un profundo rasguño que sufrió el español en su pierna izquierda.

Obligado a permanecer en su posición, y soportando a duras penas el dolor que le producía mantenerse en pié, vio como el francés se dirigía a él blandiendo su

temible sable, a quien la faca que sacó a la luz Ignacio hacía poca sombra. El primer mandoble fue el último. La obligada inmovilidad hizo que el español esquivara la estocada de única manera que no pudo prever el francés . agachándose ligeramente -, y la rabia con la que el *dragón* dirigió el fallido tajo . de derecha a izquierda, buscando el cuello del extremeño . le colocó a escasos centímetros de éste, con el brazo derecho obligado a seguir la trayectoria de su espada hacia la izquierda, y dejando descubierto el blanco cuello del francés que la navaja española buscó de inmediato con desesperación, enterrándose en él con tal intensidad que impidió a su dueño retirarla mientras el cuerpo caía a tierra.

La inmediata algarabía que se produjo le sorprendió en un estado de estupor. Mientras que los soldados franceses se armaban y salían precipitadamente de la venta, Ignacio fue literalmente arrojado por los viajeros que habían sido testigos de la refriega en la trasera de uno de los carros, donde de inmediato fue enterrado entre sacos de patatas por sus ocupantes . un viejo que no dejaba de sonreír y un boquiabierto joven . mientras que el carretero que lo llevaba giraba en redondo hacia Aranjuez para cruzarse poco después con los soldados que se dirigieron . primero a pie y más tarde en sus monturas . hacia el lugar donde yacían sus compañeros, y después, ya a uña de caballo, a detener y registrar a cada uno de los viajeros, jinetes o carros, que encontraron en dirección a Madrid, alejándose cada vez más del modesto carro que retornaba hacia el Sur.

Cuando, siguiendo la vera del Tajo, se desviaron hacia Borox para retomar el camino de Toledo a Madrid, Ignacio interrumpió el relato de sus aventuras cuando vio acercarse una montura conocida. Era la inconfundible facha de Juan Chacón, quien también le reconoció de inmediato. Pasó a su lado sin detenerse, dirigiendo un cómplice guiño al herido.

Una vez más, la estratagema había dado resultado: Para las misiones difíciles, siempre tres correos. En ésta ocasión le había tocado a Ignacio actuar de ~~lebre~~, centrando la atención y los esfuerzos de los posibles perseguidores. Y en las alforjas de cuero negro de Juan Chacón, idénticas a las suyas y a las que portaba Miguel Molina . dondequiera que estuviera en ese momento . viajaban otros tantos ejemplares de la Constitución que, por unos meses al menos, y como un destello de la grandeza que finalmente conseguiría su España, unirían a todo un pueblo bajo unos ideales modernos, contaminando las mentes con un dulce veneno al que jamás . y salvo breves períodos de tiranía . volvieron a renunciar.

Con la satisfacción del deber cumplido, y tras ver a su compañero perderse en la distancia, Ignacio acomodó sobre unas tablas su pierna herida, y se dedicó de pleno a disfrutar de la costumbre netamente española de narrar con todo lujo de detalles nuestros pequeños pero intensos momentos de gloria, retomando de nuevo su relato en el punto en que momentos antes lo había dejado:

- %Se me soltó la cincha y no pude evitar la caída ..+

FIN

Dolores (Lola) Campos Sánchez
Funcionaria de las Cortes Generales
Senado
20 de mayo de 2008